

Faltan documentos (páxinas,
cadernos...)
ISO 9878/1990



espíritu de sacrificio

En nuestra época anterior habíamos iniciado una serie de orientaciones concisas, esquemáticas alrededor de nuestra obra. Divulgarla y hacerla asequible para que, al conocerla más intensamente, surja la compenetración absoluta con el fin, ruta indiscutible de la eficacia. Vamos a continuar en esta segunda época nuestra idea inicial.

El espíritu de sacrificio. «Es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los Cielos», dice Jesús confirmando luego el dicho con la realidad fingida de una bella parábola. La del rico Epulón y el pobrecillo Lázaro. El rico Epulón es el símbolo de la vida muelle, regalada donde todo es un culto rastro de materia y sentidos. No sabe del sacrificio porque el sacrificio es espíritu y el espíritu actividad y dinamismo, no muelle y egoísta holgazanería. Lázaro es pobreza, mortificación, sacrificio. Por eso su alma purificada por ese perenne sacrificio, se redime y vuela hacia el Cielo mientras la de Epulón baja a los infiernos para hallar en ellos el castigo de su vida blanda y muelle.

Toda la vida es una perenne sucesión de sacrificios. La perfección se forja a través del dolor. El camino del deber es cuesta arriba y hay pedruscos afilados como cuchillos en la tierra y el pie se hace barbotar de sangre al tropezar en las espinas del borde. Y si el primer sacrificio es pequeño es mucho mayor el segundo y pone en el tercero la fatiga, vacilantes indecisiones en el ánimo. Pero ya se ve el final y la meta tiene joyante resplandor de alborada, de triunfo cercano, vivo que viene a nuestras manos con estruendoso vibrar de clarines. ¡Bendita la fatiga que nos hace vivir el momento alado de la victoria!

«Sin el nácar maltratado no hubo perlas primorosas.— Sin el fuego que lo muerde el carbón no tiene llama», ha cantado la musa vibrante y andaluza de Salvador Rueda. Sin espinas nunca hubo rosas podemos glosar nosotros. Pero cuando una rosa se hace es nuestra voluntad anhelo ¡qué nos importa pincharnos en las espinas!

En el sacrificio como en el dolor, es el amor la suprema razón de su existencia. Cada herida es una proyección de luz hacia el objeto amado. La intensidad del amor se mide por la intensidad del sacrificio. Por eso el supremo sacrificio de amor fué el sacrificio del Gólgota donde el hijo de Dios ofreció su sangre en amor de los hombres. Sacrificio incomparable que es ejemplo de un obrar para nosotros.

Pues bien: Si en todos los aspectos de la vida es preciso el sacrificio, mucho más necesario en toda empresa de Apostolado. Esto quizás —el menudo sacrificio cotidiano o mensual— es lo que hace que muchos congregantes no pertenezcan a cualquiera de las secciones de la Congregación, sin darse exacta cuenta de que su pequeño sacrificio es el primer pilar en el edificio de sus méritos. Y al mismo tiempo proporciona al alma la grata satisfacción del deber cumplido.

Mejor formación científica

POR PAULINO PEDRET CASADO

Una de mis mayores preocupaciones, quizás excesivamente sentida por mi vocación dominante de aficionado a estudiar, es el adelanto científico de España, especialmente en materias religiosas. Desgraciadamente el nuestro, a pesar de tantas protestas de amor a la cultura por parte de sus modernos gobernantes, continúa siendo un país atrasado. Nuestros centros de enseñanza no rinden el fruto que hay derecho a esperar de ellos, ni mucho menos. Y no importa que se aumente el sueldo de los que escogieron la profesión docente, pues el problema es más hondo, ya que está producido por la enorme escasez de vocaciones de verdaderos maestros.

Todo lo que signifique concentración intelectual u obligaciones más duras que las corrientes en todo ser humano que vive y sufre en el mundo, ha sido violento siempre a nuestra naturaleza proclive al mal desde la caída de nuestros primeros padres, y hoy menos que nunca es el modo de vivir actual con la sucesión demasiado rápida de impresiones y con el descrédito de todo idealismo, campo propicio para el nacimiento de vocación alguna, que suponga algún sacrificio, y por lo tanto de la de maestro, una de las que más y con más frecuencia los exigen.

Y es muy lamentable esto. Entre las desilusiones de mi vida ninguna tan grande como la producida por la falta de maestros que me hubiesen orientado y animado en la investigación científica y de personas que me hubiesen libertado en lo posible de las exigencias sociales y estatales, que tantas veces llegan a frustrar o al menos como en mi caso a entorpecer seriamente una vida estudiosa. Y por esto mismo nadie mejor que yo, que además tuve el dolor de ver en algún allegado mío resultados todavía más funestos, para apenarse profundamente por la esterilidad escandalosa de nuestras instituciones docentes.

Ella es bien conocida en los medios cultos extranjeros. Pueden verse bibliografías nutridas de las más diversas ciencias sin que aparezca un nombre español moderno en ellas. Y esto a pesar del afán de centros como los que siguen la inspiración de la Institución Libre de Enseñanza, desde su fundación rectores de nuestra vida académica oficial, de acercarnos a la erudición

extranjera. Quizás fué esta orientación contraproducente, o al menos incompleta, pues se rompió así del todo la tradición científica española, ya muy poco recordada en todo el siglo XIX, y en cambio, salvo rarísimas excepciones, nos llenaron de retentores de nombres extranjeros de autores y de obras sin conexión sería alguna, y por consiguiente sin el menor asomo de originalidad de pensamiento o de profundidad de doctrina, aunque a veces con demasiadas muestras de esa desdichada mezcla de pedantería e isidrismo a que nos tienen acostumbrados muchos de los llamados intelectuales.

Urge, pues, como escribía Menéndez Pelayo, que incorporándonos en la corriente europea la enlacemos con nuestra buena y sólida tradición del tiempo viejo, que no debemos apartar nunca de los ojos si queremos tener una cultura propia. Y para esto es preciso que el idealismo venga de arriba, pues no nos olvidemos de que la corrupción siempre y en todas partes — y España no es excepción — ha empezado por las clases directoras.

Contra esta corrupción, que sin la menor intención altruista, hoy sólo busca en el gran asilo del Estado una defensa, onerosísima y a la larga imposible de ser soportada por los que están de la parte de afuera y tienen que sostenerla, elevemos un altar a la cultura, sin tuteladas estatales, en ninguna parte más inútiles y más propicias a la injusticia que en esta tierra donde el más feroz individualismo ha reinado desde tiempo inmemorial y seguirá reinando.

Y con la cultura, que no es sólo erudición, o cortesía mundana, o un puesto de categoría social, sino una conciencia elevada y comprensiva ante los problemas del mundo y de los hombres, reaccionaremos no sólo contradiciendo la farsa actual, sino además proponiéndonos un ideal positivo y siguiéndolo con entusiasmo constante. Ninguno iguala en razón y en amplitud de miras al de la Religión Cristiana. Sigámoslo con amor todos los que tenemos o nos preparamos para una misión directora en la sociedad, los que sentimos en el alma los inmensos males a que el egoísmo desenfrenado nos ha conducido en España, entre los cuales es imposible que la delicada flor de la cultura viva, y para evitar que sólo sea

IMPORTANCIA DE LA LITURGIA

POR JOSÉ M.^a RIAZA

¿Cuántos al leer esta palabra harán un gesto de extrañeza o ignorancia?. Quizá muchos. Más de los que creemos. Palabra vana y sin contenido para algunos; erróneamente interpretada por otros.

¿Qué es, en síntesis, la Liturgia?. No es ni más ni menos que el culto oficial y público de la Iglesia. Exuberancia de vida, de potencialidad orante que sale al exterior. Culto a Dios proyectado por la Humanidad en sombras.

¿Cuántos conocen el significado profundo del Santo Sacrificio de la Misa?. ¿No es cierto que muchos, con una visión totalmente pagana, reducen al Sacrificio por excelencia a una serie de operaciones sin razón de ser? Quizá los más. Fijémonos en el modo de oír la Misa de la inmensa mayoría de los cristianos. Asisten a ella como una obligación enojosa que se está deseando terminar, como una buena manera de perder el tiempo. Se utiliza un devocionario más o menos bueno, se musitan una serie de oraciones que para el momento no son oportunas, y ya han oído como se debe la Santa Misa. Esto en el mejor de los casos. Nadie se da cuenta del incruento, pero real, sacrificio que está desarrollándose en el altar. Nadie se percata de que la Misa es acción sobre todo, y que como tal requiere participación y movimiento. ¡Cuánta razón tenía aquel pequeño de una Catequesis que respondía al catequista: «están haciendo la Misa!»! He aquí, ingenua e inconscientemente expuesta, la esencia de la Misa, acción vital por excelencia, compenetración íntima del celebrante y los fieles en ofrecimiento reverente al Padre.

Ideas son estas que suenan a muchos como innovaciones o modernismos, sin darse cuenta que constituyen la médula de la Iglesia, que es comunión de orantes, los

cuales en razón de tales adquieren valor ante el Altísimo.

La piedad moderna tiene una tónica de insubstancialidad, no hay densidad de pensamiento que se manifieste a través de las palabras. Y esto ocurre porque se ha abandonado el espíritu marcado por la Iglesia: el espíritu litúrgico.

¡Qué profundas y qué verdaderas son aquellas palabras del Cardenal Lépicié: «La fe y la moralidad de un pueblo están en relación directa con su vida litúrgico-eucarística. Quizá parecerán atrevidas estas palabras, pero no lo son cuando se reflexiona que el modo de orar expresa el modo de creer.

La grandeza de nuestro culto oficial no reside en su aparatosidad sino en el espíritu que lo anima. Si nos fijáramos solamente en la parte extrínseca, podríamos caer fácilmente en un formalismo o un fariseísmo tan duramente condenado por Jesús.

No pretende ser este artículo una exposición esquemática de la Liturgia, sino solamente sembrar y despertar inquietudes espirituales; que se piense y se reflexione más y mejor. Pero que se reflexione dinámicamente, para que estos pensamientos se traduzcan en acción fecunda.

Solamente en la Juventud cabe poner las esperanzas de un resurgir litúrgico que encarne el verdadero espíritu católico.

A los que quizá se mantienen remisos en incorporarse a este movimiento de las ideas, nuevo en la expresión pero eterno en la esencia, podríamos decirles que un espíritu nuevo se apodera del mundo, que el Vaticano traza normas a las que hay que ajustar la conducta y que el joven que no siente ansias de plenitud y espíritu de avance, no es joven ni es católico.

un sentimiento católico el que tengamos en vez de una convicción católica, estudiemos con afán y reposadamente las doctrinas de la Iglesia, sus dogmas luminosos, su moral incomparable, su grandiosa historia, que nos la presenta muchas veces atacada por sus enemigos exteriores y por algunos de los que se decían sus amigos, pero siempre vencedora y amamantando a sus pechos todos los pueblos civilizados que han surgido a la vida después del sacrificio de la Cruz. Y entonces, actuando en conformidad

con nuestras creencias, la incomparable virtud de la caridad, que falta siempre en los enemigos de Jesús y de su Iglesia, derramará sobre nosotros una luz vivísima, que atraerá dulcemente a nuestro campo a los apartados de Dios e iluminará a los hombres de santo amor al saber para inaugurar una era de cultura cristiana que no desdiga de la que desde España en el siglo XVI con Vitoria, Antonio Agustín y Suárez embelleció al mundo.

Santiago, 1.º Diciembre 1935.

La Acción Católica y la política

POR ISIDRO CONDE

El Pontífice actual, S. S. Pío XI, define la Acción Católica diciendo que es «la participación de los seglares católicos en el apostolado jerárquico para la defensa de los principios morales y religiosos, para el desarrollo de una sana y benéfica acción social, bajo la dirección de la Jerarquía Eclesiástica, fuera y por encima de todos los partidos políticos, a fin de instaurar la vida católica en la familia y en la sociedad».

La Acción Católica está, pues, completamente alejada de todas las luchas políticas; es distinta de todos los partidos y no puede ser confundida con ninguno de ellos.

Una prueba de lo que acabamos de afirmar es que en la Acción Católica pueden y deben entrar todos los católicos sin excepción de ningún género, mientras que a un partido político no pueden pertenecer más que aquellas personas que estén conformes con un programa determinado; y aquí tenemos la prueba más palpable de que la religión sirve de elemento de unión, mientras que la política separa y divide aun a los mismos que tienen un común pensamiento religioso.

Modernamente se extienden por todo el orbe o doctrinas que tienen por base una acción conjunta de todos los ciudadanos de una misma nación para que, prescindiendo de los partidos políticos, que son los causantes de la desunión, y fundándose solamente en el patriotismo, conquistar el Estado y librarlo de todas las taras que sobre él han dejado las fracasadas doctrinas liberales.

Y así como en el moderno concepto del Estado se tiende a la unión de todos los ciudadanos, la Acción Católica también tiene por objeto la unión de todos los católicos, no para conquistar el Estado y apoderarse de esta forma del poder, sino para la defensa y propagación de las ideas religiosas.

De aquí resulta que la Acción Católica debe dar a todos sus miembros una sólida educación político-religiosa conforme al programa encerrado en estas sencillas palabras: «Acción política, no; educación política, sí».

Sobre este particular encontramos en el discurso que S. S. Pío XI dirigió a los Estudiantes Universitarios de la Acción Católica Italiana el día 8 de septiembre de 1924, el siguiente párrafo: «La Acción Católica, aun no haciendo política ella misma, quiere enseñar a los católicos a hacer de la política el mejor uso, a lo que están precisamente obligados de un modo especial porque la profe-

sión de católicos les exige ser los mejores ciudadanos. Y toda profesión requiere preparación: quien quiera hacer política no puede substraerse al deber de una conveniente preparación».

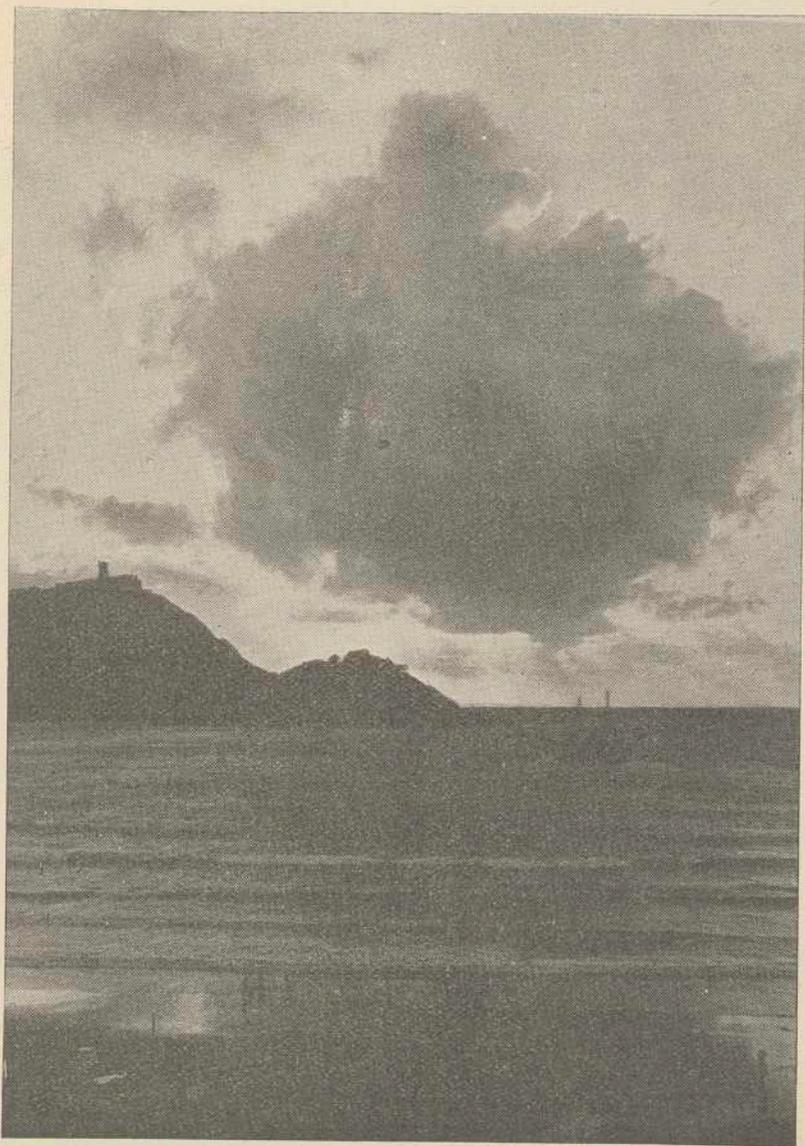
Pero la Acción Católica, como dice Monseñor Civardi, es una acción ordenada no a fines materiales y terrenos, sino espirituales y celestes; no política sino religiosa, y por lo tanto, dependiente de la Autoridad Eclesiástica. Y si por necesaria imposición de las cosas, «llega a descender hasta el campo económico y social, tocando incluso cuestiones políticas, no lo hace sino con vistas a los intereses sobrenaturales y de la elevación moral y religiosa de los individuos y de los pueblos».

Por todo lo dicho podemos claramente afirmar que la política de la Acción Católica debería llamarse *acción religiosa en el campo político*, ya que en realidad no hace política sino que hace religión.

Si la Acción Católica no hace política, tampoco prohíbe que la hagan particularmente sus socios, con la condición de que éstos obren bajo su personal responsabilidad y siempre que se inspiren en los dictados de la moral cristiana; y así tenemos que S. S. Pío XI, en una carta al Cardenal Bertram, nos dice que «la Acción Católica no excluirá la participación de sus afiliados en la vida pública, en todas sus manifestaciones: antes bien, los hará aptos en mayor grado para los públicos cargos, con la severa formación en la santidad de la vida y en los deberes cristianos, ya que aquélla ha nacido y está hecha para dar a la sociedad los mejores ciudadanos y al Estado los más escrupulosos y expertos magistrados».

Y como la política es pasión y por lo tanto deforma, hasta el punto de crear rencores y rencillas aun entre aquellos que debían estar más unidos, la Acción Católica no quiere que los jóvenes actúen en política hasta que estén completamente formados, y por esto, uno de los fines primordiales de la Acción Católica es el formar a los jóvenes, pues serán los hombres del mañana, y de esta manera dar a la Iglesia fervientes católicos que a la vez de defenderla contra las asechanzas de la política sean dignos modelos de ciudadanos cuando se encuentren en los puestos de mando.

Y de esta forma, unidas la religión y la política, conducir a las naciones por el buen camino que parece imposible encontrar en la tierra mientras exista división entre los hombres.



UN ATARDECER EN EL CANTÁBRICO

por P. Gamallo

Hacia la abolición del salariado

POR ANTONIO ASOREY

Cuando en 1919 Charles Gide (1) sostuvo la tesis de la abolición del salariado, estaba en Francia relativamente preparado el ambiente para tratar de ese tema. No sucedió lo mismo en España cuando lo trató D. Severino Aznar en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que levantó una protesta entre los elementos conservadores que le llegaron a tachar no sólo de socialista, sino de heterodoxo, y a quien le fueron dirigidos todos esos epítetos que suelen dedicar los burgueses y seudocatólicos, cuando se les habla de justicia social.

EN QUÉ CONSISTE.—El salariado —según Fallon (2)— es «el contrato por el cual el trabajador se compromete a trabajar bajo la autoridad, dirección y vigilancia de un empleador, mediante una retribución cierta, inmediata y determinada de antemano». Vistos los inconvenientes del mismo, como son la falta de interés en su trabajo, por parte del obrero, que a su vez trae como consecuencia, no sólo las continuas discordias entre patronos y obreros, sino también una considerable baja en la producción que, siendo casi siempre un mal para la empresa, lo es siempre para la Sociedad; ha surgido entre los católicos dedicados a los estudios sociales un deseo de mejorar sus relaciones, presentándose como sistema más seguro la abolición del salariado.

Se entiende, pues, por esto la tendencia hacia un estado de cosas en que los obreros, en vez de trabajar por cuenta de otro lo hacen por cuenta propia; es decir, una organización en la que son unos mismos los poseedores del capital y los que aportan el trabajo.

QUIÉNES LO DEFIENDEN.—Dejando a un lado algunos sociólogos y economistas —algunos incluso de la escuela liberal (3)— debemos fijarnos principalmente en Mgr. Pottier (4), el economista francés Charles Gide y el sociólogo español D. Severino Aznar, catedrático de la Universidad Central y Presidente del Grupo de la Democracia Cristiana, que fué seguramente el que lo presentó con más claridad y valentía, en el discurso a que antes hice referencia (5) y en sus trabajos de defensa, que después recogió en el libro «Impresiones de un Demócrata cristiano».

Naturalmente, también lo defienden todos los formados cerca de él, pues poco antes de su discurso, el «Grupo» de que es Presidente, había adoptado esta proposición:

«Sociedad organizada para la producción de modo que la mayor parte de sus agentes tengan interés en producir poco o no tengan interés en producir mucho y bien, sociedad mal organizada. Así es el régimen del Salariado, y por eso lo consideramos como un régimen imperfecto de transición y aspiramos a que termine».

IMPUGNADORES.—Prestando atención a la manera como asustan hoy los oradores y escritores, que tocan puntos relacionados con la justicia social, a pesar de que hoy están los públicos más acostumbrados, tendremos una leve idea de cómo fué reci-

bida la solución de D. Severino Aznar hace quince años.

Entre otros la impugnó el Padre agustino, Teodoro Rodríguez (6), buen sociólogo, que en este punto, estuvo verdaderamente desgraciado por no entender o no querer entender la posición de Aznar, deduciéndola de puntos flacos y vulnerables de su discurso, que no son la esencia del mismo y llevado de un conservadurismo trasnochado que la conduce a la defensa exagerada de la posición capitalista, en contraposición, a veces, con la justicia social que parece desconocer.

POSICIÓN CORRECTA.—Se ha hecho antes referencia a puntos flacos en el discurso de Aznar, mas la tesis fundamental es exacta. Podría citar a varios sociólogos que la defienden, incluso hacer referencia a la famosa Pastoral del Cardenal Mercier *Rebâtissons*, «Reconstruyamos», que en líneas generales se refirió a varios sistemas de reforma social; pero todo esto me lo ahorra el deseo exteriorizado de los Pontífices de que se vaya a una mejor distribución de la riqueza, proclamado por León XIII en la *Rerum Novarum* (35) cuando señala como deber del Estado el fomentar el ahorro y la difusión de la propiedad entre los proletarios y Pío XI en la *Quadragesimo Anno* (27), cuando después de referirse a la doctrina de León XIII antes señalada, dice estas palabras:

«Todo esto queremos, una y otra vez, inculcarlo en esta Nuestra Encíclica; porque, si con vigor y sin dilaciones no se emprende para llevarlo a la práctica, es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promovedores de la revolución».

La doctrina, pues, de los Papas a que estoy haciendo referencia, si bien no afirma la abolición del salariado, está de acuerdo con la tesis fundamental que es la accesión a la propiedad del mayor número posible de proletarios.

MEDIOS PARA LOGRARLO.—Para llegar a este fin se han presentado varias soluciones que no puedo examinar por no permitirme el poco espacio de que dispongo.

Basta señalar que en la esfera agrícola es relativamente sencillo con una Reforma agraria, llevada a cabo por una entidad delegada del Estado en la que no quepan las luchas políticas ni una exagerada burocracia.

Más difícil es en la esfera industrial, en la que se presentan instituciones, que pudiendo llegar, por el trabajo de los obreros, a la fusión en unas mismas personas de la aportación del capital y del trabajo, son en todo caso correctivos al salariado, y a la lucha social que sólo una actuación continua de los católicos organizados en la Acción Católica, puede llegar a hacer desaparecer.

Estas instituciones son la participación en los beneficios, el accionario obrero y los consejos de fábrica, de cuyas respectivas posibilidades, conveniencias, ventajas e inconvenientes, habría bastante

Para algunos "católicos como el que más"

POR R. VÁZQUEZ CASAL

Hace varios días he oído decir que sobre eso de juventudes católicas... había mucho que hablar. Lo que me llamó más la atención fué que, momentos después, dijese que ellos eran tan católicos como el que más, y a pesar de ello no veían bien que se pueda pertenecer a una juventud católica.

Para estos tan católicos como el que más, se me ocurre escribir unas líneas a manera de artículo, no con ganas de polémica, ni porque me considere autoridad en materia religiosa (lejos de mí tal presunción), sino para hacer más bien alguna distinción entre los congregantes y estos jóvenes que se dicen tan católicos, y que yo no lo digo que no lo sean; al menos si no lo son se le parecen mucho.

Católico es todo aquel que profesa la religión católica. Ahora bien, el verbo profesar en su primera y más amplia acepción, según el Diccionario de la Academia de la Lengua, significa: Ejercer o enseñar una ciencia, oficio, arte, etc. La segunda acepción no interesa en este caso, pero sí la tercera que dice: Creer o confesar. Pues bien los congregantes son jóvenes católicos porque tratan de enseñar en lo que pueden, ejercen, crecen; y no se avergüenzan de confesar en ningún lado la religión católica.

Hay jóvenes que oyen misa todos los domingos y fiestas de guardar, cumpliendo de este modo un precepto de la Iglesia que manda oír misa entera en dichos días. Aun hacen algo más; comulgan una, dos, quizá cuatro veces durante el año, cumpliendo otro precepto que manda hacerlo una vez como mínimum; puede ser que hasta den alguna limosna... No diré que esto esté mal hecho, muy lejos de mí ni el pensarlo. Sin embargo, atended un momento. ¿No son

que hablar; pero no puedo hacerlo en un artículo, que más que tocar el asunto en sí, de su título, no ha pretendido más que ordenar los materiales para su estudio.

esos mismos jóvenes los que, viendo pasar un sacerdote o una monjita, se ríen quizá de ellos, o los miran con lástima? ¿No son también los que viendo una procesión se quedan sentados y tal vez burlándose por hacerse los hombres delante de sus compañeros, sin darse cuenta que después se ríen de saber que son tan gallinas que no confiesan lo que saben por respeto a ellos? Es más; seguramente en un viaje, reunión o paseo están oyendo hablar mal de la religión o sus ministros y se callan; y a pesar de decirse católicos no salen en su defensa. ¿Harían lo mismo si se tratase no ya de sus familiares, sino de sus amigos? Pues estos son los que dicen y nos dicen con la boca llena: soy tan católico como el que más.

Diremos algo de los que pertenecen a una Congregación. Van a misa todos los domingos, fiestas de guardar y aun a veces por la semana. Comulgan todos los meses, y los de la sección de Piedad todos los sábados para honrar a su Patrona. Honran las fiestas del Sagrado Corazón en la misma forma. Practican también la caridad dando limosna y haciendo además visitas a la Leprosaría de San Lázaro, y cuando van allá no lo hacen con las manos vacías. No se avergüenzan de ir los domingos (llueva o no) a enseñar el catecismo por las parroquias, en donde por exceso de niños no puede el Sr. Párroco atender a todos ellos, ni se avergüenzan tampoco de ir a las procesiones con la medalla de congregantes sobre el pecho, y la frente erguida, despreciando sonrisillas de los que quisieran ir y no se atreven por miedo a esas mismas sonrisas. Porque ¿quién tendría vergüenza de llevar sobre el pecho el retrato de su madre? y los congregantes llevan en la medalla de la congregación la imagen de la Virgen Santísima, que es su madre y patrona. Finalmente, y para no cansarte, lector, te diré que tampoco los congregantes saben callar cuando ven menospreciada o insultada su religión. En una palabra, no somos gallinas.

Creo haber hecho una somera descripción de una y otra manera de ser y de sentirse católicos: es decir la diferencia que hay entre los que son tan católicos como el que más, y los que solamente somos Congregantes de la Anunciada y San Luis Gonzaga. ¿Lo he conseguido? Si he logrado hacer esa descripción, y, sin molestar a nadie, como era mi propósito al comenzar a escribir, estoy conforme.

(1) «Des institutions en vue de la transformation ou de l'abolition du salariat», París, 1920.

(2) «Economía Social», trad. cast., Barcelona 1933.

(3) Cr. Stuart Mill: «Principles of political Economy», t. IV.

(4) «La moral catholique et les questions sociales d'aujourd'hui» y la conferencia «Vers le juste salaire».

(5) «La abolición del salariado», Madrid, 1921, 2.^a ed.

(6) «La liberación del obrero», t. I.

El valor práctico del catolicismo

POR JOAQUÍN FLORIT

Mucho te agradecería que tú, quienquiera que fueses el que leyera este artículo, te detuvieras un momento y reflexionaras sobre lo que voy a escribir para tí y para todos y para mí mismo el primero.

Quizás sepas ya lo que aquí te voy a decir; pero aunque así sea, te pido que no abandones estos párrafos hasta haberlos leído; puede ser que el encontrar reflejado tu pensamiento en el pensamiento de otro te produzca no pequeño beneficio.

Todos estamos de acuerdo en que no es el Catolicismo exclusivamente la serie externa de actos rituales que practicamos, aun con perfecta y sincera devoción. Si así fuera, no se diferenciaría gran cosa de las religiones falsas. Hay más, bastante más en el Catolicismo, que el reconocimiento de un Ser Supremo a quien debemos todo amor y reverencia, con ser esto, claro está, lo más importante de todo. Hay en el Catolicismo un poder normativo de la vida práctica, que no se conoce, o mejor aún, que conociéndose no se practica debidamente. O de otra manera: las normas del Evangelio y los preceptos de la Iglesia, con ser originariamente divinos, tienen un destino comprensiblemente humano.

Quien dude de estas afirmaciones piense en la actuación de un verdadero católico. Y observe su vida: tiene una alegría moderada, que no por esto deja de ser alegría, porque sabe que las cosas del mundo parecen como flor de heno; pero no por esto le abate y le contrista con exceso la suerte adversa, porque sabe también que no es eterno el dolor, sino un episodio en el pasar de la existencia.

Observa con que ecuanimidad desenvuelve este católico —si verdaderamente lo es— sus negocios terrenos: no tiene el interés ciego y rastroso del que apegó su corazón a la tierra y en ella puso su destino; mas tam-

poco vive en la ociosidad viciosa del que abandonó toda esperanza en la tierra y fuera de ella.

Piensa esto, congregante, amigo o lector quienquiera que seas: ¿reparaste alguna vez en el valor inmenso que tiene una religión, que niega los extremismos funestos y se mantiene en este sereno equilibrio? ¿Qué te reprocha la confianza ciega, pero que condena también la desconfianza mezquina?

Tú sabes muy bien, porque vives como yo en el mundo quizá, que no todos los que en él están saben vivir en el más puro sentido de la palabra. Y ahora tal vez menos que nunca; ahora que corremos en todas direcciones con una agitación cuya causa aun nosotros mismos no conocemos. El problema de orientación y justificación del vivir cotidiano se nos ofrece apremiante. Y, ¿quién lo resuelve? «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», ha dicho Cristo. Y a El hemos de acudir; porque, fuerza es desengañarse, el ritmo cada vez más acelerado de la existencia nos va gastando física y espiritualmente y más de una vez nos ha sorprendido nuestra propia pregunta: ¿Qué hacemos aquí? ¿A qué este luchar de cada día? O quizá algo peor: este cansancio del alma, este desfallecimiento de la voluntad que se niega a seguir, que busca un reposo a los lados del camino. Sólo hay un remedio ante el mal: practicar y practicar intensamente los preceptos de Jesús, y llevarlos a todo, aun a las cosas nimias, porque entonces el hastío gris de una existencia sin estímulo florece en una alegría franca o, por lo menos, en una suave resignación.

.....

Lector: como hombre, con el juicio recto y el espíritu sereno de un hombre sin prejuicios, ¿pensaste alguna vez en *vivir* el catolicismo?

ANTÍTESIS

POR EDUARDO CONDE

Para leer despacio,
y pensar despacio.

Alejandro y Diógenes: el Magno Conquistador, el Cínico Filósofo. Vidas opuestas y caracteres contrarios. La actividad y la calma. El conquistador de tierras y el conquistador de espíritus...

Diógenes y Alejandro, sólo tuvieron dos puntos comunes en sus dispares vidas: el encuentro en el Kranión, y el encuentro con la Muerte: los dos murieron el mismo día.

En todo lo demás, divergieron. Y son grandes las enseñanzas que podemos sacar del estudio de estas vidas antitéticas.

Alejandro y Diógenes, desde luego de opuesta manera, aparecen señores y también esclavos: señor, Alejandro, porque dominó sobre muchos; y señor Diógenes, porque se dominó a sí mismo; esclavo, Alejandro, de sus propios apetitos, que lo tiranizaron; y esclavo, Diógenes, de la voluntad ajena, que lo compró.

Alejandro logró la admiración de sus contemporáneos por las grandezas que conquistó; y Diógenes legó su recuerdo a la posteridad por las pequeñeces que despreció.

Los bienes de la fortuna, que codiciaba, llenaron de inquietudes a Alejandro; y la carencia de estos mismos bienes, que desdénaba, trajo gran tranquilidad a Diógenes.

Puso Alejandro su felicidad en las cosas que necesitaban sus apetitos; y puso la suya Diógenes en que sus apetitos no necesitasen de las cosas. Y así como se afanaba aquél, buscando las cosas para sus apetitos; se aquietaba en cambio éste, negando sus apetitos a las cosas.

Y fué infeliz Alejandro porque no lo consiguió todo; y sintióse Diógenes satisfecho porque aprendió a necesitar de poco.

Y aprendió Alejandro a los hombres por las riquezas; y despreció Diógenes por las riquezas a los hombres.

Y fué Alejandro humano y favoreció a muchos con su ayuda; y fué Diógenes insoportable y mortificó a todos con su ingenio.

Y supo con frecuencia Alejandro aparecer sencillo en medio de su opulencia; y nunca

dejó Diógenes de ser altivo en medio de sus privaciones.

Y pudo Alejandro el Grande humillarse a visitar a Diógenes el Can para admirar su ingenio; y no pudo la exagerada ascetis del soberbio filósofo sufrir la sombra que, al hablarle, le proyectaba el conquistador.

Tuvo Alejandro poca estimación de sí mismo y muchas de las cosas exteriores. Despreció Diógenes los bienes externos; pero se estimó demasiado a sí mismo.

Fuó Alejandro poderoso, pero no sabio; y fué Diógenes de mucho ingenio, pero no supo ser bueno.

Y una vez fijadas estas relaciones antitéticas entre ambos caracteres, podemos sacar en conclusión, como enseñanza, que:

Mejor que dominar a los otros, es dominarse a sí mismo, como Diógenes; porque peor que la esclavitud ajena, es la propia esclavitud.

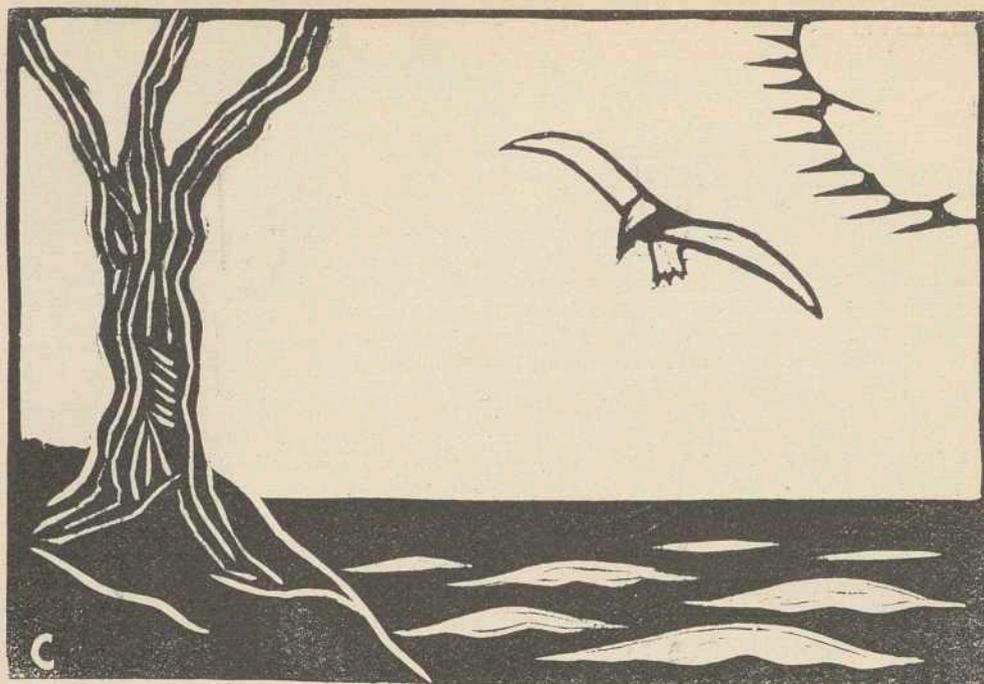
Mejor que poseer muchas cosas y codiciarlas todas, es carecer de muchas y necesitar de pocas; porque aquello dió gran turbación a Alejandro, y esto concibió mucha serenidad en Diógenes.

Más sanas resultan las mortificaciones corporales de la pobreza que permitieron vivir a Diógenes noventa años, que los regalos que a la carne procura el vicio, y que en el vigor de sus treinta y tres años aniquilaron a Alejandro.

Pero vana es la sabiduría sin la virtud, como son vanas las riquezas sin la sabiduría; y sin virtud la sabiduría, no supera a las riquezas con virtud.

Mejor, pues, nos parece la sencillez y la humanidad del conquistador ambicioso que se ofrece al esclavo filósofo, que la soberbia y el egoísmo del filósofo esclavo que desprecia el obsequio del ambicioso conquistador.

Porque puede la virtud dignificar y dar mérito a las riquezas, y suele la ausencia de la virtud hacer despreciable y odiosa a la sabiduría.



niñez, juventud, vejez

por J. Alonso, s. j.

NINEZ

Resplandor de aurora
que será sol luego;
gema de capullo
que se abre entre besos;
jilguerillo alegre,
que salta jaulero,
del amor del padre
al amor materno...
¡que aun no tiene plumas
para mayor vuelo!...
Para el amor eres,

chiquitín ingenuo,
resplandor de aurora,
capullo y jilguero.

JUVENTUD

Arbol delicado
de flores cubierto,
que meces tus ramas
sobre el arroyuelo,
columpiando alegres
nidos de jilgueros.
Para el amor eres,
arbolillo tierno,
un ramo de flores,
un mundo de arpegios.

VEJEZ

Solitario, triste,
descarnado, viejo,
muestra sus raíces
un arbusto seco.
Cuelgan de sus ramas
olvidados restos
de risueños nidos
de lejanos tiempos.
No trinan las aves
en el árbol seco;
y si alguna pasa
no detiene el vuelo.
Para el amor eres,
árbol triste y viejo,
un cadáver frío,
un montón de huesos.



cuatro estaciones y un epílogo

POR JOSÉ M.^a LÓPEZ RAMÓN

Estas son unas estampas, breves, frías y objetivas, de cuatro estaciones en la vida de un hombre vulgar, y que acaso no tengan más mérito que su misma vulgaridad.

PRIMAVERA

La Primavera es la estación de la vida, que nace. Es la estación del amor. Si con un color pudiéramos representarla, sería rosado o azul. Rosado, como los dedos del sol cuando acarician tierna y delicadamente, en un amanecer húmedo y callado, la cara del río, que en la noche tomó a la luna su color blanco engañoso. Azul, como el bebedizo ilusionado de un primer amor. La primavera es delicada y quieta; dulce y melancólica. El sol acaricia, que no hiere. El aire es leve; tiene la tibieza y el olor del nardo [nardo blanco de Judea, como desposada ideal! Los crepúsculos son rojos [rosas rojas de Alejandría, como labios de mujer! En primavera, todo es apacible: el sol no quema, el aire no abrasa, el vaho

de la tierra no angustia. Y la caricia rosa del sol, y el olor de las flores, y la tibieza del aire, son los vestidos de desposada con que la tierra se engalana...

Era primavera cuando Iris y Federico se casaron.

VERANO

El verano es rojo. Rojo intenso, como su sol, implacable, abrasador. Las flores sin agua, se mustian y mueren al instante. Todo es rojo y oro. El sol ya no acaricia la cara del río; despiadado lo castiga, le hiere; y el río indefenso solloza; intensa y calladamente se queja en las piedras, a las que el sol —rubio galán de la mies amarilla— arranca destellos, diamantes que ofrece galante a su novia flexible y graciosa. La tierra suda, con vaho asfixiante, que angustia las mentes. Y todo es oro y rojo. Y el aire es pesado. Y en la noche quieta y caliente, cantan los grillos y las cigarras, continua y despiadadamente, como insulto al sol, que no puede castigarlas con su ira.

Era verano, cuando Iris —lirio mustio y sin agua— dejó esta vida. Y Federico —ojos

secos, sin el riego fortificante del llanto — se encontró solo; tan solitario como cuando hacía unos meses conociera a aquella joven morena de piel ambarina.

OTOÑO

El otoño es amarillo. Es amarillo y triste, como las pompas de una ilusión deshecha en el suelo. Amarillo, como el rostro de un cadáver, frío y quieto. Como las hojas, que caen lentas y pausadas, describiendo mil curvas antes de alfombrar el suelo, porque nuestro deseo las detiene vacilando unos momentos, antes de caer con ellas pedazos de nuestras almas. Llamamos Otoños a los años de las personas que se encuentran en esa edad, que aun tienen los oros desvaídos de la época de las ilusiones y que ya comienzan a ver las heces en la copa de la vida. Era Otoño, cuando el empleado entregó al vagabundo, la papeleta: Era un resguardo de empeños; en él se señalaba un medallón de oro con una miniatura guarnecida de pequeños brillantes.

Salió lentamente del edificio. ¡Quién podría reconocer en aquel vagabundo de aspecto enflaquecido y miserable a Federico, el feliz desposado de un día! ¡Cuántas transformaciones y que rodar hacia abajo en tan breve tiempo!

No podría explicar cómo llegó a tal extremo. ¿Fue que la muerte de Iris, al derrumbar cruelmente el castillo de su dicha se llevó también todos sus deseos y ansias de trabajo? No sé.

Sólo alentaba en su vida una ilusión: el recuerdo de su esposa. Como tesoro preciado guardaba un medallón con la imagen tan querida. De él hizo un culto. Solo, sin amigos, abandonado de todos, alimentándose poco y mal, su cuerpo era apenas débil estuche para guardar aquella alma consumida en la llama del pasado.

En el aniversario de su boda, por encima de todos los sacrificios llevaba a la sepultura de ella un ramo de flores; y en una Iglesia cercana hacía decir misas por su alma. Pero en la primavera anterior no pudiera reunir el dinero necesario para su delicada ofrenda. Y desesperado, como último recurso — desgarrado el ánimo por la desesperación tan triste — empeñó aquel medallón; con la idea de realizar todos los sacrificios para recobrarlo.

Ahora el plazo terminaba, si no lo recogía lo perdía para siempre.

INVIERNO

El invierno es blanco; blanco como un sudario, con frío y humedad de tumba. La nieve cae en copos menudos, arremolinándose como bandada de gaviotas blancas...

muy blancas... en las plazas inmensas y desiertas. El viento trae mensajes de amor de la luna, llorosa y escondida en los crespones negros de un luto por el sol moribundo, al mar, que tiene la cabellera blanca de la ancianidad. Inviernos son los años de aquellos, que buscan encorvados por muchos veranos lugar en la tierra donde hallar reposo a sus cuerpos, cansados y vacilantes.

* * *

Sentado en un banco Federico dirigía sus ojos por la plaza. Su mirada tenía esa fijeza extraña como cuando el pensamiento lejos de nosotros corre y vuela a su antojo. Recordaba — gozando — las escenas de su vida venturosa; sufriendo y llorando en silencio — lágrimas que el frío cristalizaba antes de perderse en el suelo immaculado — ante la imagen de sus desgracias.

Un solo pensamiento ponía en sus ojos las luces de la ilusión: Allí, allí apretado contra su pecho tenía el dinero con el que al día siguiente podría volver a hacer suyo el medallón. ¿Qué importaban las privaciones pasadas para reunir aquel puñado de monedas? ¿Qué importaba que el frío y el hambre lacerasen sus miembros? Era feliz; feliz imaginando el momento tan largamente esperado de poder besar con labios amantes y temblorosos, la imagen querida. De poder mirarla y adorarla como antaño. De poder vivir, viéndola y recordándola como en sus días felices.

Un dulce sopor le iba invadiendo; sentía en su cabeza impresiones desconocidas. Parecía, que los terciopelos con que la nieve vestía su cuerpo, eran besos — besos de infinito. Poco a poco sus párpados se cerraban. En su corazón sentía como llamaradas desconocidas, vibraciones, que le hablaban dulcemente de no sé que cosas ignoradas; de no sé que mundos desconocidos. Creía que el cuerpo libre de sus trabas se elevaba lentamente y hollando con pies alados, gasas delicadas y acariciadoras, caminaba... caminaba...

EPÍLOGO

A la mañana siguiente, en el principal rotativo de la ciudad, aparecía un suelto, en el que se daba la noticia de la muerte de un mendigo por hambre y frío. En sus bolsillos se le había encontrado una cantidad de dinero. El articulista, con santa y verdadera indignación y en frases grandilocuentes — no las recuerdo exactamente — atacaba duramente a los avarientos, que preferían morir de hambre y frío, antes de gastar su «tesoro», reunido sabe Dios con que sacrificio y que sólo querían para recreo de sus ojos miserables y mezquinos.



crónica

Al ingresar en la Congregación te comprometiste a observar con fidelidad los artículos siguientes:

- 1) Asistir a la Misa de la Congregación, a las once, los domingos.
- 2) Comulgar mensualmente en el día que se señalare.
- 3) Hacer los Ejercicios Espirituales cada año por Cuaresma en la Congregación; y
- 4) Asistir a los demás actos religiosos que el Director, oído el parecer de la Junta Directiva, declare obligatorios.

Recuerden los congregantes que éstos son los actos verdaderamente propios y esenciales de la Congregación, y que jamás los deben dejar sin causa muy justa. En caso de hallarse imposibilitado, todo buen congregante debe avisar y justificar su falta de asistencia al P. Director o a los Celadores de asistencia.

El congregante debe, ante todo, guardar la conducta moral y religiosa que corresponde a un buen cristiano.

Por consiguiente debe abstenerse de asistir a diversiones o espectáculos inmorales; de leer libros, novelas o periódicos en que se ataca a la moral católica o se impugnan en cualquier forma las verdades religiosas; de pertenecer a asociaciones, cuyo fin o cuyo ideario es opuesto a las enseñanzas de la Iglesia Católica; de emplear modales o frases impropias de un joven educado.

Examina si cumples tus promesas; en el caso contrario, enmiéndate. Sería muy bochornoso para tí ser despedido de una institución de tanto prestigio y arraigo, como es la Congregación de la Anunciada en Santiago.

Aunque con sentimiento ya se ha tenido que expulsar a alguno por incumplimiento de su palabra.

Congregantes: Asistid a los actos de la Congregación y la Virgen os bendecirá.

Actos reglamentarios. — Todos los domingos se sigue celebrando la Misa de Congregación a las once, viéndose más concurrida en los últimos domingos. La misa de Comunión tuvo lugar el día 1 de diciembre.

Novena en honor de la Inmaculada. — Un grupo muy numeroso de jóvenes acudieron durante todo el novenario a la Misa que a las ocho se celebraba en el altar de la Congregación en honor de nuestra Patrona.

Sección de Caridad. — El domingo, 24 del pasado noviembre, se celebró la visita al Hospital de San Lázaro, viéndose que la mayoría de los que habían dado sus nombres acudieron con gran puntualidad para trasladarse al citado hospital.

Acuerdos de la Junta Directiva. — En la última junta de la Directiva se acordó: dar comienzo a los Círculos de Estudios, que en el presente curso versarán, como en años anteriores, sobre Religión (Dogma y Moral) y la Academia de Oratoria. También se vió la manera de celebrar como antes el Círculo de Cuestiones Sociales. Los dos primeros comenzaron ya a funcionar.

Los retiros mensuales preparatorios para la Comunión General se celebrarán de la forma siguiente: Explicación de los puntos, un ratito de meditación delante del Santísimo expuesto, plática y reserva.

Para procurar el mayor orden y conservación de las obras de nuestra biblioteca se acuerda que los libros de texto y consulta sólo se podrán solicitar desde las seis y media de la tarde en adelante.

A petición del Bibliotecario acuérdase adquirir «Defensa de la hispanidad», de Ramiro de Maeztú, y la «Historia de España», recopilada de las obras de Menéndez y Pelayo.

ESTANISLAOS

Ha sido sustituido en el cargo de Secretario Adolfo Peña de Andrés Moreno por Alfonso Lorenzo y Lorenzo, y fué nombrado miembro de la Junta Directiva Jesús Vázquez Garriga.

"Política y Derecho Social de España"

POR JOSÉ M.^a VAAMONDE

El caballero Francisco Gómez de Mercado, ha empuñado la lanza y no la ha roto, sino que con ella ha herido de muerte al fantasma de la llamada leyenda negra, con la que los pseudo-historiadores e intelectuales anti-españoles, han querido obscurecer la Historia de la España eterna.

España, no fué en América señora de horca y cuchillo, esclavizadora de indígenas y mercader sin conciencia de las riquezas del suelo americano. No. España fué en las Indias Occidentales, Madre, que junto al guerrero que conquistaba con la espada mandó al misionero; que, con la fuerza convincente de la predicación evangélica, hacía súbditos leales a la Iglesia del Señor; que al lado de las factorías levantó las Universidades y colegios de diferentes órdenes; que no tuvo desprecio para con los indios, sino que unió la sangre de los suyos con la de éstos dando lugar con ello al nacimiento de la nueva raza, la raza de la hispanidad. Y tal fué el afecto que España sintió por sus nuevos hijos, que hasta prohibía llamar a un hombre «indio» en un documento de modo que con ello se quisiese indicar persona de condición inferior.

El señor Gómez de Mercado demuestra en este libro que España obró en la colonización de América por altos ideales y no por grosera ambición de oro y plata, ni por orgullosa codicia de dominación. Recuerda las controversias entre Sepúlveda y Las Casas, las reelecciones de Francisco Vitoria sobre los indios y los documentos de todo género en que se prueba, de modo terminante, que la España del siglo XVI, colonizadora de América, comprendió profundamente el principio de la unidad jurídica y social de la Humanidad.

Pero principalmente aborda Gómez de Mercado un problema especial: el Derecho obrero que dictó España para los indios de América. Aunque el tema es bastante conocido por las Leyes de Indias, el autor lo estudia con gran acierto. No en vano han reconocido escritores uruguayos y argentinos que las primeras leyes sociales más completas fueron dictadas por España, y que fué Felipe II el primero que estableció la jornada de ocho horas. Esta disposición general fué valedera para España y América; pero las Leyes de Indias señalan bastantes jornadas más cortas. El trabajo en las pesquerías de perlas no podía pasar de cuatro horas, ni, en ciertas ocasiones, de

tres. Los obreros que lavaban el mineral no podían trabajar más de seis horas, la jornada de los demás mineros era de siete horas, y la de los obreros de construcción de ocho.

Estaba severamente prohibido el truck system, o pago en mercancías. La edad mínima para el trabajo era de 14 años, y había legislación protectora del trabajo de mujeres y niños. El descanso dominical estaba terminantemente mandado y se cumplía con toda exactitud. En las reducciones del Paraguay no llegaba la jornada de trabajo a siete horas, y sin embargo, se producía todo lo necesario para el consumo y la exportación. Se fomentó vigorosamente la agricultura y se declaró forzoso el cultivo de la tierra, dándose fácilmente la propiedad de la misma, a los indios cultivadores. Respecto a riegos, eran obligatorias las costumbres de los indios. Gómez de Mercado cita ejemplos de contratos colectivos que regulaban las condiciones del trabajo de los indios en los obrajes, y ve, con razón, en los obrajes de comunidad verdaderas cooperativas de consumo. Se hizo forzosa la formación de Propios en los pueblos, y en todos los importantes se crearon Cajas de comunidad con cuyos recursos se atendían a fines culturales y al desarrollo de la agricultura y de la industria.

La España que tacharon de obscurantista los pseudo-historiadores, de los que se hicieron eco los traidores a la Patria, fué la España que en el orden social —lo mismo que en otros diferentes órdenes de la vida— se adelantó en cuatro siglos a los Estados actuales, los cuales mucho tienen que aprender de la España de los siglos XV, XVI y XVII.

El Derecho social de la América española, fué, pues, un Derecho modelo. Con razón lo proclaman así Marañón en el prólogo y Minguíjón en el epílogo de este excelente libro. Marañón recuerda con júbilo los eficaces trabajos que se realizan para destruir esa leyenda negra, con la que han querido, sin poderlo conseguir, esa amalgama de liberales, judíos, masones y demás gentuza de la anti-patria, borrar la profunda huella de la misión civilizadora desarrollada por la España Católica en América. Dice sabiamente Marañón, que nuestro españolismo no debe ser contemplativo, sino, dinámico, que debe restaurar la gloriosa tradición de España, vivirla para superarla.



un asesinato espeluznante

POR ADOLFO FOJO COLMEIRO

Que Agapito Pingüínez tenía dotes policíacas, nadie lo hubiese podido dudar. Había leído todas las obras de Conan Doyle, fumaba una cachimba colosal que trajera de Canterbury un tío suyo afilador, y además hacía deducciones asombrosas a diestro y siniestro. Ahí va un ejemplo: Entró un día en el Casino de Villazoquete, su ciudad natal, y encontró a D. Tiburcio el Registrador, y a D. Joaquín el Juez Municipal, discutiendo de si es Makallé o Adigrat la ciudad más cercana a Addis Abeba. Agapito, sin consideraciones a la trascendencia del tema, dijo:

—D. Tiburcio; le apuesto dos duritos y una cajetilla a que le ha ganado el médico por 30 carambolas.

Lo primero que hizo D. Tiburcio fué no aceptar la apuesta, pero le preguntó de donde había sacado semejante conclusión.

—Hombre, verá Vd. —dijo Agapito encendiendo el descomunal artefacto de tragar humo—, esa mancha de tiza verde que tiene en el chaleco, indica que estuvo Vd. jugando al billar.

—¡Este muchacho es un asombro! Pero... ¿y lo de las carambolas?

—Me lo contó Pedrito el escribiente, que estuvo presenciando el partido.

Para muestra basta un botón, y por este botón habrá comprendido el lector que Agapito era un *Sherlock* villazoquetense de primera categoría. Pasemos por lo tanto al hecho que le cubrió de gloria y que consagró su fama.

Agapito, como discípulo fiel de todos los grandes detectives, iba a la taberna, no a beber que eso sería indigno de un hombre como él, sino porque no ignoraba que es de las tabernas de donde surgen los misterios más espeluznantes. Así lo vemos ahora sentado tras una mesa con la pipa humeante y una taza de blanco al lado, avizorando la concurrencia a través de un agujero del tamaño de un duro practicado en el «Eco de Villazoquete» que finje leer atentamente. En aquel momento llegan a él unos reta-

zos de conversación que lo hacen temblar a un tiempo de júbilo y terror.

—¿Seguro que lo mataste? —Y tanto; disparé, dió una vuelta en redondo y cayó en un tojar; ese no vuelve por coles, ¡por estas! —Pero ¿y por qué no lo sacaste de allí? —Y como quieres que lo hiciera, si vi venir a los civiles y aun no me explico como pude escapar? Susto más grande no lo pasé en mi vida.

Bajaron la voz y Agapito no volvió a oír más que las palabras de despedida:

—Bueno, adiós, a la una en el molino.

Los que así hablaban, eran Antón el molinero, hombre atravesado y de mala fe, y Blas, apodado «El Morradas» y que era el matón más matón de Villazoquete y sus aledaños. No cabía por lo tanto duda de que se encontraba Agapito ante un caso de interés. Antón habría matado a alguno, (¡a quién, Señor, a quién!), y Blas ahora lo encubriría y le ayudaría a hacer desaparecer el cadáver; pero para eso estaba él, Agapito, espejo de detectives, flor y nata de inteligencias preclaras.

No irían solos, no, aquellos villanos; a la una estaría también allí Agapito y ¡guay! de los malvados, la espada de la justicia caería inflexible sobre ellos.

A las doce ya estaba Agapito en la calle. Se había disfrazado muy aceptablemente de Peón Caminero, llevaba un revólver bajo la axila y en vez de su pipa que lo hubiese podido delatar, fumaba un cigarrillo extraído de un modesto macillo de diez.

Hacía frío, pero Agapito, fiel al ideal, se mantuvo a pie firme hasta ver aparecer a los dos presuntos asesinos que se encaminaban al tojar de la señora Pepa, comentando a media voz la temperatura con gran asombro por parte de Agapito, que no concebía tal cinismo.

—Aquí fué —dijo Antón deteniéndose. Los hombres desaparecieron tras unas matas y, momentos después, Agapito oía estas

terribles palabras: «¡Ahí lo tienes! Más tieso que un palo y más muerto que mi abuela la tuerta». Esto colmó la medida y Agapito, sin poderse contener por más tiempo se precipitó hacia ellos, revólver en mano, y rugió:

—¡Ah desconcatenados bandidos sin alma!, caisteis en poder de la humana justicia, representada en estos momentos por mí. ¡Arriba las manos y cuidadito con hacer tonterías! Los dos malhechores izaron en alto sus brazos con más miedo que vergüenza y ante ellos vió Agapito al cadáver, un hermoso y rollizo conejo.

Sin saber por qué, le pareció a Agapito que iba a hacer el ridículo y bajó desalenta-

do la mano que empuñaba el arma, pero se recobró en seguida, e irguiéndose pujante interrogó. — ¿Por qué os escondías? — ¡Ay señor D. Agapito! — respondió Antón con voz quejumbrosa —, nunca creí que fuese tan mala persona que se vistiese de mamarracho para venir a perder a un pobre padre de familia. Fué que este maldito conejo no me dejaba una col sana y hoy lo maté, con tan mala suerte, que al oír el tiro vino la pareja y como no tengo licencia tuve que correr hasta pisarme los hígados. No me denuncia ¿verdad? Además que sólo le fué por las coles, el conejo hasta lo puede comer Vd.

Lo que dicen que se comió Agapito fué la pipa de Canterbury.

(De nuestro Concurso).

Manuel Vázquez Pérez Ultramarinos

Especialidad en Chocolates, Cafés,
Botillería y Conservas. - Géneros nacionales
y extranjeros.

PREGUNTOIRO, 14 TELÉFONO 1916
SANTIAGO

DR. RUZA

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LOS

NIÑOS

DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE PUERICULTURA

CONSULTA: DE 4 A 6

Virgen de la Cerca, 27

Teléfono 1790

JEREZ - COÑAC Y CHAMPAN

ANIS DULCE Y SECO - LICOR CREMA DE LIMA

PEDRO DOMECCQ

CASA FUNDADA EN 1730

AGENTE EXCLUSIVO EN

MADRID, LA CORUÑA, LUGO, ORENSE, PONTEVEDRA
Y PORTUGAL

HORACIO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Dirección Telegráfica y Telefónica: **HORACIO**

TELÉFONO 11.183

LA NORMA

Mercería y Novedades

BAUTIZADOS

SÁNCHEZ HARGUINDEY

Médico-Dentista

Toral, 10 - 1.º SANTIAGO

LA GANGA

GENEROS DE PUNTO - Confecciones
ARTICULOS PARA CABALLERO
El mejor surtido en CAMISERÍA
Calcetines « C E S A R », irrompibles

Calderería, 57 (Antes LA BULLA)

Colegio - Academia Santiago

Residencia de Estudiantes Universitarios

1.ª ENSEÑANZA GRADUADA

2.ª ENSEÑANZA OFICIAL Y LIBRE

Virgen de la Cerca, 15 y 16

Teléfono 1137

SANTIAGO

Casa LINO

Camisería

HUÉRFANAS

J. GAMALLO

SECCIONES DE VENTA:

Cirugía — Relojería — Electricidad

Ortopedia — Optica científica

Fotografía

FUNDADA EN 1890

Huérfanas, 1

A. Torrado
MEDIAS
MUY BARATAS

Preguntoiro, 29 Santiago

J. BUJÁN

CIRUJANO-CALLISTA

HORAS: De 10 a 2 y de 3 a 6
Festivos de 10 a 2

Rúa del Villar, 68 - 1.º

**Sanatorio Neuropático
del Dr. Lois Asorey**

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
NERVIOSAS Y MENTALES

De la Beneficencia Municipal de Madrid
por oposición

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ramírez, 3

Teléf. 1541

ADQUIERA EN LA

**LIBRERÍA
GONZÁLEZ**

TODOS LOS TEXTOS Y OBRAS
DE CONSULTA QUE V. NECESITE,
PUES EN ELLA ENCONTRARÁ UN GRAN SURTIDO.

46 - RUA DEL VILLAR - 46

MOSQUERA

GÉNEROS DE PUNTO — PARAGUAS
PERFUMERÍA — CONFECCIONES
CAMISERÍA — ARTÍCULOS DE VIAJE

PREGUNTOIRO, 21

Teléfono 1127 - SECCIÓN DE CALZADOS - Preguntoiro, 19

CONFITERIA - Y - PASTELERIA

CASA MORA

SIEMPRE LA PREFERIDA
POR EL PÚBLICO INTELIGENTE

**Papelería
COMPOSTELA**

LA CASA DE LAS
ESTILOGRÁFICAS
OBJETOS DE ESCRITORIO
Cinco Calles

LA GANGA

GENEROS DE PUNTO - Confecciones
ARTICULOS PARA CABALLERO
El mejor surtido en CAMISERÍA
Calcetines « C E S A R », irrompibles

Calderería, 57 (Antes LA BULLA)

LA NORMA

Mercería y Novedades

BAUTIZADOS

SÁNCHEZ HARGUINDEY

Médico-Dentista

Toral, 10 - 1.º SANTIAGO

Colegio - Academia Santiago

Residencia de Estudiantes Universitarios

1.ª ENSEÑANZA GRADUADA

2.ª ENSEÑANZA OFICIAL Y LIBRE

Virgen de la Cerca, 15 y 16

Teléfono 1137

SANTIAGO

J. GAMALLO

SECCIONES DE VENTA:

Cirugía — Relojería — Electricidad
Ortopedia — Óptica científica
Fotografía

FUNDADA EN 1890

Huérfanas, 1

BENEDICTO G. FERNANDEZ

MEDICO - DENTISTA

Horas de Consulta:

DE 10 A 1 Y DE 4 A 7

Rúa del Villar, 57-1.º